

UNA
PROMESA
AUDAZ
Y
MORTAL

BRIGID KEMMERER

Autora best seller del New York Times

Tercera y última parte de la saga *Cursebreakers*.

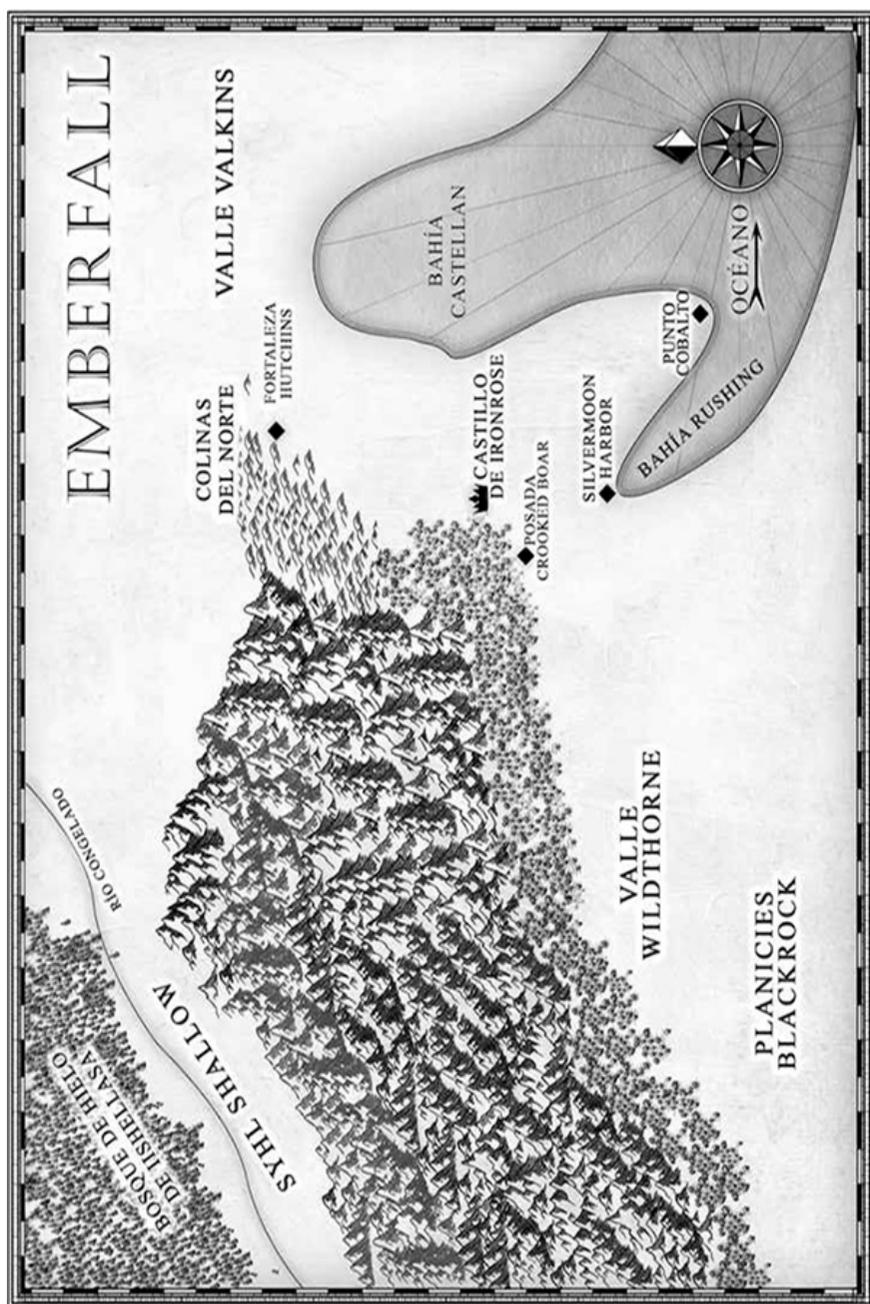
Enfréntate a tus miedos, lucha la batalla.

Emberfall se está desmoronando rápidamente, dividido entre aquellos que creen que Rhen es el príncipe legítimo y aquellos que están ansiosos por comenzar una nueva era bajo el mando de Grey, el verdadero heredero. Grey ha aceptado esperar dos meses antes de atacar Emberfall, y en ese tiempo, Rhen se ha alejado de todos, incluso de Harper, mientras trata desesperadamente de ayudarlo a encontrar un camino hacia la paz.

Lucha la batalla, salva el reino.

Mientras tanto, Lia Mara lucha por gobernar Syhl Shallow de forma más amable que su madre. Pero después de disfrutar de décadas de paz cuando la magia fue expulsada de sus tierras, algunos de sus súbditos ven con enfado que Lia Mara tenga a un príncipe encantado y a un ser mágico a su lado. A medida que se acerca la fecha límite de Grey, Lia Mara se pregunta si puede ser la reina que su país necesita.

A medida que los dos reinos se acercan al conflicto, las lealtades se ponen a prueba, el amor se ve amenazado y resurge un viejo enemigo que podría destruirlos a todos.



Capítulo uno

Grey

El tiempo ha empezado a cambiar, permitiendo que el viento frío baje de las montañas y se cuele bajo el cuero y la piel de mi chaqueta. En Syhl Shallow hace más frío que en Emberfall, pero hacía tanto tiempo que no experimentaba el paso gradual del otoño al invierno que el cambio de estación me ha deleitado.

Los demás están agrupados en torno a las llamas que arden en el hogar central del salón principal del Palacio de Cristal, bebiendo la primera tanda de vino de invierno del cocinero, pero lisak detesta el calor, así que estoy desafiando al frío y a la oscuridad en la veranda para jugar a los dados con el scraver. La única llama que arde aquí fuera es una solitaria vela encerrada en un tarro de cristal posado sobre la mesa, entre nosotros.

lisak agita los dados plateados y los deja caer sobre la mesa.

–Infierno de plata –murmuro mientras cuento el resultado de su tirada. Se me dan bien las cartas, pero los dados parecen odiarme. Con las cartas hay cierto elemento de estrategia, de elección, pero los dados no se mueven más que por el destino. Lanzo una moneda a la mesa, aceptando su victoria.

lisak sonrío y, mientras la oscuridad pinta sus ojos negros y su piel gris de sombras aún más oscuras, la luz de la luna hace relucir sus colmillos.

Se guarda la moneda en el bolsillo, pero es probable que más tarde se la dé a Tycho. Se preocupa por el niño

como una vieja abuela. O quizá como un padre que echa de menos al hijo que una vez perdió.

—¿Dónde está nuestra joven reina esta noche? —pregunta.

—Lia Mara está cenando con una de sus Casas Reales.

—¿Sin ti?

—Solicitaron una audiencia privada, y ella tiene la obligación de tenerlos contentos. —Las Casas Reales ya presionaban a la antigua reina antes de que fuera asesinada, pero Karis Luran gobernaba con puño de hierro y pudo mantenerlas a raya. Ahora que Lia Mara está en el poder y en Syhl Shallow abunda la desesperación por conseguir recursos, la presión para hallar rutas comerciales a través de Emberfall parece haberse duplicado, sobre todo porque Lia Mara no desea gobernar como lo hizo su madre.

Me encojo de hombros y me guardo los dados en una mano.

—Aquí no todo el mundo se siente cómodo con la magia, lisak.

—Eso lo he supuesto por la multitud, Su Alteza. —Echa un vistazo a los alrededores de la oscura veranda, que está desierta salvo por los guardias que permanecen junto a la puerta.

—Bueno —digo, sin querer mojarme—. Esta noche hace frío.

Pero tiene razón. Es probable que sea por la magia.

Me llevo bien con la mayoría de los guardias y soldados de Syhl Shallow, pero percibo una distancia que no sé definir del todo. Cierta recelo. Al principio creía que era porque me tenían por alguien leal a Emberfall y porque apoyé a Lia Mara cuando mató a su madre para reclamar el trono.

Pero con el paso del tiempo, ese recelo se vuelve más evidente cada vez que curo una herida o rechazo a un oponente en el campo de entrenamiento. Resulta más patente cuando voy a la armería a guardar mis armas y las

conversaciones se interrumpen o los corrillos se dispersan.

Un fuerte viento sopla por la veranda, haciendo que la vela titile y se apague.

Me estremezco.

–Lo que yo decía.

–Deberíamos aprovechar nuestra intimidad –dice Isak, y su voz suena más baja, casi un susurro, nada que pueda llegar a oídos de mis guardias.

Coloco un dedo sobre la mecha y hago un movimiento circular, dejando que las estrellas de mi sangre bailen a lo largo de las yemas de mis dedos. Lo que antes parecía un reto, ahora no supone ningún esfuerzo. Una llama cobra vida.

–Creía que ya lo estábamos haciendo.

–No necesito más monedas tuyas.

Sonrío.

–Me parece perfecto, porque solo me quedan unas pocas.

No me devuelve la sonrisa, así que adopto una expresión más seria. Isak es un rey por derecho propio, aunque ha jurado pasar un año a mi servicio. Estaba atrapado en una jaula en Emberfall, en la que Karis Luran lo mantenía encadenado. Le he ofrecido liberarlo una docena de veces, pero siempre se niega. Es una clase de lealtad que no estoy seguro de merecer, sobre todo porque sé lo que ha perdido: primero, a un hijo que desapareció, y después, su trono en Ishellasa. Cuando me pide atención, hago lo posible por dársela.

–¿Qué necesitas? –digo.

–La gente de Syhl Shallow no es la única que teme a la magia.

Frunzo el ceño. Está hablando de Rhen.

Mi hermano.

Cada vez que lo pienso, algo en mi interior se retuerce con fuerza.

–Una vez dijiste que no querías estar en guerra con él
–dice lisak.

Bajo la mirada a los dados que tengo en la palma de la mano y les doy vueltas entre los dedos.

–Sigo sin querer.

–Has empezado a preparar un ejército en nombre de Lia Mara.

Cierro los dedos alrededor de los cubos plateados.

–Sí.

–Las arcas de Syhl Shallow están cada vez más vacías. Es probable que solo dispongas de una oportunidad para enfrentarte a él. Las pérdidas de la última batalla contra Emberfall ya fueron considerables debido a la criatura en la que se convirtió el príncipe Rhen. No habrá posibilidad de un segundo asalto. –Hace una pausa–. Y le concediste sesenta días para que se preparase para la batalla.

–Lo sé.

–Por mucho que anheles preservar vidas, este tipo de batallas implican pérdidas.

–Eso también lo sé.

Otra ráfaga de viento recorre la veranda, apagando la llama de nuevo. Esta vez, ha sido lisak quien ha atraído al viento. He aprendido a identificar la sensación que deja su magia, cómo vive en el aire de la misma forma en que la mía vive en mi sangre.

Lo fulmino con la mirada y reavivo la llama.

Otra ráfaga. Entrecierro los ojos. lisak siempre presiona. Cuando empecé a practicar para controlar mi magia, lo encontraba frustrante, pero he aprendido a disfrutar del desafío. Sostengo el dedo ahí y la llama lucha por permanecer encendida. Las estrellas inundan mi visión mientras intento mantener viva la magia. El viento se ha vuelto lo bastante fuerte como para que me piquen los ojos y se me mueva la capa. Las alas de lisak se agitan, pero la llama no se apaga.

—¿Recuerdas que he dicho que tenía frío? —le pregunto.

Él sonrío y deja que el viento se aleje hacia la nada.

En la repentina ausencia de su magia, mi llama se eleva un momento, lo cual envía chorretones de cera vela abajo, y la suelto.

—Quizá sea buena idea enseñar al pueblo de Lia Mara lo útil que puede ser la magia —dice.

Pienso en la gente a la que he curado con mi magia. En la forma en la que logro mantener a los enemigos alejados de mí y, poco a poco, de cualquiera que luche a mi lado.

—Ya lo he hecho —digo.

—No me refiero solo a que tengáis que reforzar la potencia militar.

Estudio su expresión.

—Quieres decir que debo usar la magia contra Rhen. —Hago una pausa—. Eso es justo lo que él teme.

—Le has dicho que vas a enviar a un ejército. Estará preparado para toma represalias. Estará preparado para luchar a distancia, como lo hacen los reyes.

Pero estará impotente contra la magia.

Sé que lo estará. Ya lo está.

—Rhen te conoce —dice lisak—. Él espera violencia. Espera un asalto armado. Espera un ataque eficaz y brutal, como el que envió la propia Karis Luran. Tú has reunido a un ejército y eso es como si hubieras hecho un voto.

—No lo subestimes. —Pienso en las cicatrices de latigazos que tengo en la espalda. En las que tiene Tycho—. Cuando está acorralado, Rhen es capaz de demostrar una brutalidad muy eficiente.

—Sí, Su Alteza. —lisak hace que la llama parpadee de nuevo y esta hace brillar sus ojos negros—. Y tú también puedes.

Capítulo dos

Rhen

Una vez más, es otoño en el castillo de Ironrose. El primer viento fresco de la temporada entra por la ventana y me estremezco. Hace meses que no necesito un fuego por las mañanas, pero hoy el aire muerde de tal forma que hace que me entren ganas de llamar a un criado para que encienda la chimenea.

No lo hago.

Durante lo que pareció casi una eternidad, solía temer el inicio de esta estación porque indicaba que la maldición había comenzado de nuevo. Volvería a tener dieciocho años recién cumplidos y estaría atrapado en una repetición interminable del otoño. Estaría solo con Grey, el antiguo Comandante de mi Guardia, intentando encontrar a una chica que me ayudara a romper la maldición que me atormentaba a mí y a todo Emberfall.

Este otoño, Grey no está.

Este otoño, tengo a una chica a mi lado.

Este otoño, supongo, tengo diecinueve años por primera vez. La maldición se ha roto.

No lo parece.

Lilith, la hechicera que una vez me atrapó con su maldición, ahora me tiene atrapado de otra forma.

Harper, la primera chica que rompió la maldición, la «princesa de Dese» que juró ayudar a mi pueblo, está en el patio que hay bajo mi ventana, practicando con la espada junto a Zo, su mejor amiga. Zo también fue una vez su guardia, hasta que ayudó a Grey a escapar. No voy a qui-

tarle a Harper a su mejor amiga, pero no puedo permitirme tener una guardia cuya lealtad esté dividida.

La tensión ya está por las nubes.

Harper y Zo se alejan la una de la otra, respirando con dificultad, pero Harper recupera la postura casi de inmediato.

Eso me arranca una sonrisa. Su parálisis cerebral hace que el manejo de la espada sea todo un reto –algunos dirían que es algo *imposible*–, pero Harper es la persona más decidida que conozco.

A mi espalda, una voz habla en tono ligero.

–Ah, Su Alteza. Es *adorable* ver cómo la princesa Harper cree que puede sobresalir en esto.

Pierdo la sonrisa, pero no me muevo de la ventana.

–*Lady Lilith*.

–Perdóname por interrumpir tus cavilaciones –dice ella.

No digo nada. No la perdono por nada.

–Me pregunto cómo le irá en las calles de su Dese si no logras vencer a los invasores de Syhl Shallow.

Me quedo inmóvil. Me amenaza a menudo con llevarse a Harper de vuelta a Washington D.C., donde yo no tendría ninguna esperanza de llegar hasta ella. Donde Harper no tendría nada ni a nadie en quien confiar y ninguna forma de volver a Emberfall.

Lilith ignora mi silencio.

–¿No deberías estar preparándote para la guerra?

Sí. Probablemente debería hacerlo. Grey me dio sesenta días para entregar Emberfall antes de ayudar a Lia Mara a tomar este país por la fuerza. Ahora está en Syhl Shallow, preparándose para liderar un ejército contra mí. Nunca estoy seguro de si su principal motivación son los recursos (porque sé que el país está desesperado por acceder a las rutas comerciales) o si lo motiva más reclamar el trono que una vez dijo que no deseaba.

Sea como fuere, atacará Emberfall. Me atacará a mí.

–Estoy preparado –digo.

–No veo a ningún ejército reunido. Ningún general conspirando en tus salas de guerra. No...

–¿Ahora eres estrategia militar, Lilith?

–Sé cómo es una guerra.

Quiero rogarle que se vaya, pero eso solo hará que se quede más rato. Cuando Grey estaba atrapado aquí conmigo, me consolaba el hecho de que nunca sufría en soledad.

Ahora sí, y es... agonizante.

En el patio de abajo, Harper y Zo vuelven a entrechocar las espadas.

–No persigas su hoja, *milady* –le digo.

Se separan y Harper se gira para mirarme, sorprendida. Sus rizos castaños se enroscan en una trenza rebelde que le cuelga sobre un hombro, y lleva brazaletes de cuero y una coraza dorada como si hubiera nacido siendo de la realeza y empuñando un arma. Está muy lejos de ser la chica cansada y polvorienta que Grey sacó de las calles de Washington D.C., hace tantos meses. Ahora es una princesa guerrera, con una larga cicatriz en una mejilla y otra en la cintura, ambas cortesía de la horrible hechicera que está detrás de mí.

Cuando me mira, sus ojos siempre escudriñan mis rasgos, como si sospechara que estoy ocultando algo. Como si estuviera *enfadada* conmigo, aunque no lo diga.

Lilith espera en las sombras, a mi espalda. En el pasado, Harper me invitó a sus aposentos para protegerme de la hechicera. Ojalá pudiera volver a hacerlo.

No he estado en sus habitaciones en meses. Entre nosotros hay demasiadas cosas sin hablar.

–No sabía que estabas mirando –dice Harper y envaina su espada como si estuviera disgustada.

–Solo ha sido un momento. –Dudo–. Perdóname.

En cuanto lo digo, me gustaría poder retirarlo. Parece que me estuviera disculpando por otra cosa. Aunque su-

pongo que lo estoy haciendo.

Debe de oír el peso que cargan mis palabras, porque frunce el ceño.

—¿Te he despertado?

Como si durmiera alguna vez.

—No.

Me mira fijamente y yo le devuelvo la mirada, y desearía poder desenredar toda la maraña emocional que pende entre nosotros. Ojalá pudiera hablarle de Lilith. Ojalá pudiera ganarme su perdón y recuperar su confianza.

Hay muchas cosas que me gustaría deshacer.

—No sé a qué te refieres con lo de perseguir la hoja —dice al final.

—Podría enseñarte —me ofrezco.

Se le congela la expresión, pero solo durante un instante. El corazón me da un vuelco en el pecho. Aguardo a que se niegue. Ya se ha negado antes.

Pero luego dice:

—De acuerdo. Baja.

El corazón me da un vuelvo, hasta que Lilith habla a mi espalda.

—Sí —dice ella—. Adelante, Alteza. Muéstrale el *poder* de tu *arma*.

Me doy la vuelta y la fulmino con la mirada.

—Vete de aquí, *lady* Lilith —susurro furioso—. Si tanto te preocupan mis preparativos para la guerra, te sugiero que encuentres alguna forma de ser útil, en lugar de atormentarme cada vez que necesitas un entretenimiento pueril.

Se ríe.

—Como digas, príncipe Rhen.

Extiende una mano como para tocarme la mejilla, y yo retrocedo de golpe, hasta que choco con la pared. Su tacto puede ser como el fuego, o peor.

La sonrisa de Lilith se ensancha. Cierro las manos en puños, pero ella desaparece. Desde el patio de abajo, oigo que Harper me llama:

—¿Rhen?

Inspiro, tenso, y vuelvo a la ventana. El sol ha empezado a iluminar el cielo, pintando sus oscuros cabellos con chispas de oro y rojo.

Se supone que me estoy preparando para la guerra, pero siento que ya estoy en mitad de una.

—Permíteme que me vista —digo—. Bajaré en un momento.

Capítulo tres

Harper

Me sorprende que Rhen baje. Me sorprende que estuviera mirando siquiera, la verdad. Desde que Grey le dio el ultimátum, Rhen se ha escondido en reuniones con Grandes Mariscales de ciudades lejanas, con asesores militares o con su Guardia Real.

Lo cual está bien. Cuando yo estoy con él, una pequeña bola de ira arde en mis entrañas, y nada parece poder apagarla.

La ira me hace sentir culpable. Todo lo que él hace, lo hace por su reino. Por su pueblo. Ser un príncipe, ser un rey, requiere sacrificios y decisiones difíciles.

No importa cuántas veces me lo recuerde, no logro olvidar lo que les hizo a Grey y a Tycho.

No soy capaz de olvidar que volví aquí en lugar de irme con mi hermano.

En lugar de irme con Grey.

Me vuelvo hacia Zo, pero ella ha envainado su espada. Su mirada es tensa.

—Debería volver a mis aposentos.

No quiere estar aquí con Rhen. Dudo y luego frunzo el ceño.

Zo llegó al castillo hace meses, cuando Rhen intentaba reunir a su gente para defender Emberfall contra la invasión de Syhl Shallow. Había sido aprendiz del Maestro de la Canción en Silvermoon Harbor, pero tenía conocimientos de arquería y esgrima, así que se presentó como candidata a la Guardia Real y Grey la eligió y me la asignó como guardia personal.

Nos hicimos amigas muy deprisa, algo nuevo para mí después de la caótica vida que dejé atrás en Washington D.C. Es inteligente y fuerte, con un sentido del humor ácido, y a veces me quedaba despierta hasta bien entrada la noche cuando ella estaba apostada frente a mi puerta. Nos preguntábamos qué le había pasado a Grey después de que se rompió la maldición, susurrábamos sobre los rumores de la existencia de un heredero desaparecido o reflexionábamos sobre lo que le podría ocurrir a Emberfall si Syhl Shallow volvía a atacar.

Pero entonces encontraron a Grey escondido en otra ciudad y al parecer conocía la identidad del heredero desaparecido, pero se negó a revelársela a Rhen. Rhen lo torturó para obtener la información y la consiguió, pero no de la manera que esperaba. Grey conocía la identidad del heredero desaparecido porque él era el hermano mayor de Rhen. Era un hechicero con magia en la sangre. Era el heredero al trono.

Él nunca lo había sabido. Tampoco Rhen.

Ayudé a Grey a escapar después de que Rhen lo torturara.

Zo me ayudó.

Le costó su puesto en la Guardia Real. Grey me contó una vez que sus guardias renuncian a la familia y a las relaciones precisamente por ese motivo. Ella le prestó juramento a Rhen, pero actuó por mí. Rhen nunca es frío con ella, tiene demasiado sentido de la política como para eso. Pero ahora hay algo afilado entre ellos. Como la bola de ira que yo misma siento en las tripas y que no desaparece, que no estoy segura de que vaya a desaparecer.

Quiero rogarle a Zo que se quede, porque cada momento que paso con Rhen parece sembrado de espinas. Pero pedírselo me parece egoísta.

Es probable que pedirle que ayudara a Grey también fuera egoísta. Zo y yo somos amigas, pero ella era mi guardia. ¿Me ayudó por amistad o por obligación? Ni si-